

VII. EL MINISTERIO Y LA ORACIÓN

«Por supuesto, el predicador se distingue por encima de todos los demás como un hombre de oración. Él ora como un cristiano ordinario, de lo contrario sería un hipócrita. Él ora más que los cristianos ordinarios, de lo contrario estaría descalificado para el oficio que ha emprendido. Si ustedes, como ministros, no son muy dados a la oración, deben ser compadecidos. Si se vuelven laxos en la devoción sagrada, no solo ustedes necesitarán ser compadecidos, sino también su pueblo, y viene el día en que serán avergonzados y confundidos. Nuestras temporadas de ayunos y oración en el Tabernáculo han sido días muy altos en verdad; nunca la puerta del cielo ha estado más amplia; nunca nuestros corazones han estado más cerca de la gloria central». —Charles Haddon Spurgeon.

Los predicadores son los líderes de Dios. Son llamados divinamente a su santo oficio y alto propósito y, principalmente, son responsables de la condición de la Iglesia. Así como Moisés fue llamado por Dios para sacar a Israel de Egipto a través del desierto hacia la Tierra Prometida, así también Dios llama a Sus ministros para guiar a Su Israel espiritual a través de este mundo hacia la tierra celestial. Están divinamente comisionados al liderazgo, y deben por precepto y ejemplo enseñar al pueblo de Dios lo que Dios quiere que sean. El consejo de Pablo al joven predicador Timoteo es pertinente: «Ninguno tenga en poco tu juventud», dice, «sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza».

Los ministros de Dios forman el carácter de la Iglesia, y dan tono y dirección a su vida. La oración preliminar de la carta a cada una de las siete iglesias en Asia dice: «Al ángel de la iglesia», pareciendo indicar que el ángel —el ministro— estaba en el mismo estado de ánimo y condición de vida que los miembros y que estos «ángeles» o ministros eran en gran medida responsables de la condición espiritual de las cosas existentes en cada Iglesia. El «ángel» en cada caso era el predicador, maestro o líder. Los primeros cristianos sabían muy bien y sentían esta responsabilidad. En su impotencia, conscientemente sentida, clamaron: «¿Y

quién es suficiente para estas cosas?», mientras la tremenda responsabilidad presionaba sobre sus corazones y cabezas. La única respuesta a tal pregunta era: «Solo Dios». Así que fueron necesariamente compelidos a mirar más allá de sí mismos en busca de ayuda y arrojarse a la oración para asegurar a Dios. Más y más mientras oraban, sentían su responsabilidad, y más y más mediante la oración obtenían la ayuda de Dios. Se dieron cuenta de que su suficiencia era de Dios.

La oración pertenece en un sentido muy alto e importante al ministerio. Se requiere vigor y elevación de carácter para administrar el oficio de la oración. Los profetas que oran han estado frecuentemente muy escasos en la historia del pueblo de Dios. En cada época la demanda ha sido de líderes en Israel que oren. Los centinelas de Dios deben ser siempre y en todas partes hombres de oración.

No debería sorprender que los ministros se encuentren a menudo de rodillas buscando ayuda divina bajo la responsabilidad de su llamamiento. Estos son los verdaderos profetas del Señor, y estos son los que están como portavoces de Dios a una generación de hombres y mujeres malvados y mundanos. Los predicadores de oración son los ministros más audaces, los más verdaderos y los más rápidos de Dios. Ellos ascienden más alto y están más cerca de Aquel que los ha llamado. Avanzan más rápidamente y en la vida cristiana son más como Dios.

Al leer el registro de los cuatro evangelistas, no podemos sino quedar impresionados por el supremo esfuerzo hecho por nuestro Señor para instruir rectamente a los doce Apóstoles en las cosas que propiamente los capacitarían para las tremendas tareas que serían suyas después de que Él hubiera regresado al seno del Padre. Su solicitud era que la Iglesia tuviera hombres, santos en vida y en corazón, y que supieran muy bien de dónde venía su fuerza y poder en la obra del ministerio. Una gran parte de la enseñanza de Cristo fue dirigida a estos Apóstoles escogidos, y el entrenamiento de los doce ocupó mucho de Su pensamiento y consumió mucho de Su tiempo. En todo ese entrenamiento, la oración fue establecida como principio básico.

Encontramos que lo mismo es cierto en la vida y obra del apóstol Pablo. Si bien se dedicó a la edificación de las iglesias a las que ministraba y escribía, estaba en su mente y propósito instruir y preparar rectamente a ministros a quienes serían confiados los intereses del pueblo de Dios. Las dos epístolas a Timoteo fueron dirigidas a un joven predicador, mientras que la dirigida a Tito también fue escrita a un joven ministro. Y el designio de Pablo parece haber sido dar a cada uno de ellos la instrucción necesaria para realizar rectamente la obra del ministerio a la cual habían sido llamados por el Espíritu de Dios. Debajo de estas instrucciones estaba la piedra fundamental de la oración, ya que de ningún modo podrían «mostrarse aprobados ante Dios, obreros que no necesitan avergonzarse, que dividen rectamente la palabra de verdad» (2 Timoteo 2:15), a menos que fueran hombres de oración.

El más alto bienestar de la Iglesia de Dios en la tierra depende en gran medida del ministerio, y por eso el Dios Todopoderoso siempre ha sido celoso de Sus centinelas —Sus predicadores. Su preocupación ha sido por el carácter de los hombres que ministran en Sus altares en cosas santas. Deben ser hombres que se apoyen en Él, que miren a Él, y que continuamente le busquen para obtener sabiduría, ayuda y poder para hacer eficazmente la obra del ministerio. Y así Él ha designado hombres de oración para el santo oficio, y ha confiado en ellos sucesivamente para realizar las tareas que les ha asignado.

Las grandes obras de Dios deben hacerse como Cristo las hizo; deben hacerse, en verdad, con poder incrementado recibido del Cristo ascendido y exaltado. Estas obras deben hacerse mediante la oración. Los hombres deben hacer la obra de Dios a la manera de Dios, y para la gloria de Dios, y la oración es una necesidad para su exitoso cumplimiento.

Lo que está muy por encima de todas las demás cosas en el equipamiento del predicador es la oración. Antes que cualquier otra cosa, debe ser un hombre que haga una especialidad de la oración. Un predicador sin oración es una contradicción de términos. O ha errado su llamado, o ha fallado gravemente a Dios quien lo llamó al ministerio. Dios quiere hombres que no sean ignorantes, que «se esfuercen por mostrarse aprobados». Predicar la Palabra es esencial; las

cualidades sociales no deben subestimarse, y la educación es buena; pero por debajo y por encima de todo lo demás, la oración debe ser la tabla principal en la plataforma del hombre que sale a predicar las inescrutables riquezas de Cristo a un mundo perdido y hambriento. El único punto débil en nuestras instituciones eclesiásticas yace justamente aquí. La oración no es considerada como el factor primario en la vida y actividad de la iglesia, y otras cosas, buenas en sus lugares, son hechas primarias. Las primeras cosas necesitan ser puestas primero, y la primera cosa en el equipamiento de un ministro es la oración.

Nuestro Señor es el modelo para todos los predicadores, y, con Él, la oración fue la ley de la vida. Por ella vivió. Fue la inspiración de Su labor, la fuente de Su fuerza, el manantial de Su gozo. Con nuestro Señor la oración no fue un episodio sentimental, ni un pensamiento posterior, ni un preludio agradable y divertido, ni un interludio, ni un desfile o forma. Para Jesús, la oración era exigente, absorbente, primordial. Era el llamado de un dulce deber para Él, la satisfacción de un anhelo inquieto, la preparación para pesadas responsabilidades, y el encuentro de una vigorosa necesidad. Siendo esto así, el discípulo debe ser como su Señor, el siervo como su Maestro. Como fue el Señor mismo, así también deben ser aquellos a quienes Él ha llamado a ser Sus discípulos. Nuestro Señor Jesucristo escogió a Sus doce apóstoles solo después de haber pasado una noche en oración; y podemos estar seguros de que Él establece el mismo alto valor en aquellos que llama a Su ministerio, en este nuestro propio día y tiempo.

Ningún lugar débil o secundario fue dado a la oración en el ministerio de Jesús. Viene primero —enfática, conspicua, controladora. De hábitos de oración, de un espíritu de oración, entregado a larga comunión solitaria con Dios, Jesús fue sobre todo, un hombre de oración. El punto clave de Su historia terrenal, en la terminología del Nuevo Testamento, se condensa en una sola declaración, que se encuentra en Hebreos 5:7:

«Quien en los días de su carne, habiendo ofrecido oraciones y súplicas con fuerte clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, y fue escuchado por su temor reverente» (Hebreos 5:7)

Como fue su Señor y Maestro, de quien son y a quien sirven, así sean Sus ministros. Sea Él su modelo, su ejemplo, su líder y maestro. Se hace mucha referencia en algunos círculos a «seguir a Cristo», pero se limita a seguirle en modos y ordenanzas, como si la salvación estuviera envuelta en la manera específica de hacer una cosa. «El camino de la oración Tú mismo has pisado», es el camino a lo largo del cual hemos de seguirle, y en ningún otro. Jesús fue dado como líder al pueblo de Dios, y ningún líder jamás ejemplificó más el valor y la necesidad de la oración. Igual en gloria con el Padre, ungido y enviado en Su misión especial por el Espíritu Santo, Su nacimiento encarnado, Su alta comisión, Su real unción —todo esto era Suyo, pero no lo relevaron de las exigentes demandas de la oración. Más bien tendían a imponer estas demandas sobre Él con mayor autoridad. No pidió ser excusado de la carga de la oración; la aceptó de buena gana, reconoció sus demandas y se sometió voluntariamente a ellas.

Su liderazgo era preeminente, y Su oración era preeminente. Si no hubiera sido así, Su liderazgo no habría sido ni preeminente ni divino. Si, en el verdadero liderazgo, la oración hubiera sido prescindible, entonces ciertamente Jesús podría haber prescindido de ella. Pero no lo hizo, ni puede ninguno de Sus seguidores que deseen efectividad en la actividad cristiana hacer otra cosa que seguir a su Señor.

Mientras Jesucristo mismo practicaba la oración, estando personalmente bajo la ley de la oración, y mientras Sus parábolas y milagros no eran sino exponentes de la oración, Él trabajó directamente para enseñar a Sus discípulos el arte específico de orar. Dijo poco o nada acerca de cómo predicar o qué predicar. Pero gastó Su fuerza y tiempo en enseñar a los hombres cómo hablar a Dios, cómo comunarse con Él, y cómo estar con Él. Sabía muy bien que quien ha aprendido el oficio de hablar a Dios, estará bien versado en hablar a los hombres. Podemos desviarnos por un momento para observar que este fue el secreto del maravilloso éxito de los primeros predicadores metodistas, quienes estaban lejos de ser hombres instruidos. Pero con todas sus limitaciones, eran hombres de oración, e hicieron grandes cosas para Dios.

Toda habilidad para hablar a los hombres se mide por la habilidad con la que un predicador puede hablar a Dios por los hombres. Aquel «que no ara en su aposento, nunca cosechará en su púlpito».

El hecho debe mantenerse siempre en primer plano y enfatizarse que Jesucristo entrenó a Sus discípulos para orar. Este es el verdadero significado de aquel dicho, «El Entrenamiento de los Doce». Debe tenerse en cuenta que Cristo enseñó a los predicadores del mundo más acerca de orar que acerca de predicar. La oración fue el gran factor en la difusión de Su Evangelio. La oración conservó e hizo eficientes todos los demás factores. Sin embargo, no menospreció la predicación cuando enfatizó la oración, sino que más bien enseñó la total dependencia de la predicación en la oración.

«El oficio del cristiano es orar», declaró Martín Lutero. Todo muchacho judío tenía que aprender un oficio. Jesucristo aprendió dos, el oficio de carpintero, y el de orar. Un oficio servía para usos terrenales; el otro servía a Sus propósitos divinos y superiores. La costumbre judía comprometió a Jesús cuando era muchacho al oficio de carpintero; la ley de Dios lo obligó a orar desde Sus primeros años, y permaneció con Él hasta el final.

Cristo es el ejemplo del cristiano, y todo cristiano debe seguir Su modelo. Todo predicador debe ser como su Señor y Maestro, y debe aprender el oficio de orar. Quien aprende bien el oficio de orar domina el secreto del arte cristiano, y se convierte en un obrero calificado en el taller de Dios, uno que no necesita avergonzarse, un colaborador con su Señor y Maestro.

«Orad sin cesar», es el toque de trompeta para los predicadores de nuestro tiempo. Si los predicadores vestirán sus pensamientos con la atmósfera de la oración, si prepararán sus sermones de rodillas, una graciosa efusión del Espíritu de Dios vendrá sobre la tierra.

La única cualificación indispensable para predicar es el don del Espíritu Santo, y fue para la concesión de este don indispensable que los discípulos fueron encargados de esperar en Jerusalén. La absoluta necesidad de recibir este don si el éxito ha de acompañar los esfuerzos del ministerio, se encuentra en el

mandamiento que los primeros discípulos tuvieron de permanecer en Jerusalén hasta recibirlo, y también con la instantánea y ferviente oración con que lo buscaron. En obediencia al mandamiento de su Señor de esperar en aquella ciudad hasta que fueran investidos con poder de lo alto, inmediatamente después de que Él los dejó para el cielo, entraron en la tarea de obtenerlo mediante oración continua y ferviente. «Todos estos con un mismo propósito, perseveraban unánimes en oración, con las mujeres, y María la madre de Jesús, y con sus hermanos» (Hechos 1:14). A esto mismo se refiere Juan en su Primera Epístola. «Tenéis una unción del Santo», dice. Es esta unción divina la que los predicadores del día presente deberían desear sinceramente, orar por ella, permaneciendo insatisfechos hasta que el bendito don sea ricamente concedido.

Otra alusión a este mismo importante procedimiento es hecha por nuestro Señor poco después de Su resurrección, cuando dijo a Sus discípulos: «Y recibiréis poder después que el Espíritu Santo haya venido sobre vosotros» (Hechos 1:8). Al mismo tiempo Jesús dirigió la atención de Sus discípulos a la declaración de Juan el Bautista concerniente al Espíritu, la cosa idéntica por la cual les había mandado esperar en la ciudad de Jerusalén —«poder de lo alto». Aludiendo a las palabras de Juan el Bautista, Jesús dijo: «Porque Juan ciertamente bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo no muchos días después» (Hechos 1:5). Pedro en una fecha posterior dijo de nuestro Señor: «Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder» (Hechos 10:38).

Estas son las declaraciones divinas de la misión y ministerio del Espíritu Santo a los predicadores de aquel día y las mismas declaraciones divinas se aplican con igual fuerza a los predicadores de este día. El ministro ideal de Dios es un hombre llamado por Dios, divinamente ungido, tocado por el Espíritu, separado para la obra de Dios, apartado de secularidades y asuntos cuestionables, bautizado desde lo alto, marcado, sellado y poseído por el Espíritu, dedicado a su Maestro y a Su ministerio. Estos son los requisitos divinamente designados para un predicador de la Palabra; sin ellos, es inadecuado, e inevitablemente infructuoso.

Hoy, no hay escasez de predicadores que pronuncian sermones elocuentes sobre la necesidad y naturaleza del avivamiento, y presentan planes elaborados para la difusión del reino de Dios, pero los predicadores que oran son mucho más raros y el mayor benefactor que esta era puede tener es un hombre que traerá a los predicadores, la Iglesia y el pueblo de vuelta a la práctica de la oración real. El reformador necesario justo ahora es el reformador que ora. El líder que Israel requiere es uno que, con voz de clarín, llamará al ministerio de vuelta a sus rodillas.

Hay considerable charla del avivamiento venidero en el aire, pero necesitamos tener la visión para ver que el avivamiento que necesitamos y el único que puede valer la pena tener es uno que nace del Espíritu Santo, que trae profunda convicción por el pecado, y regeneración para aquellos que buscan el rostro de Dios. Tal avivamiento viene al final de una temporada de oración real, y es pura locura hablar o esperar un avivamiento sin el Espíritu Santo operando en Su oficio peculiar, condicionado a mucha oración ferviente. Tal avivamiento comenzará en el púlpito y en el banco por igual, será promovido tanto por el predicador como por el laico trabajando en armonía con Dios.

El corazón es el léxico de la oración; la vida el mejor comentario sobre la oración, y el porte exterior su más plena expresión. El carácter es formado por la oración; la vida es perfeccionada por la oración. Y esto el ministerio necesita aprenderlo tan a fondo como los laicos. No hay sino una regla para ambos.

Tan adverso era el cuerpo general de los discípulos de Cristo a la oración, teniendo tan poco gusto por ella, y teniendo tan poca simpatía con Él en las cosas profundas de la oración, y sus más poderosas luchas, que el Maestro tuvo que seleccionar un círculo de tres eruditos más aptos —Pedro, Jacobo y Juan— que tenían más simpatía y gusto por esta obra divina, y llevarlos aparte para que pudieran aprender la lección de la oración. Estos hombres estaban más cerca de Jesús, más llenos de simpatía, y más útiles para Él porque eran más dados a la oración.

Bendecidos, en verdad, son aquellos discípulos a quienes Jesucristo, en este día, llama a una comunión más íntima con Él, y quienes, respondiendo prontamente al llamado, se encuentran mucho de rodillas ante Él. Angustiosa, en verdad, es la condición de aquellos siervos de Jesús que, en sus corazones, son adversos al ejercicio del ministerio de la oración.

Todas las grandes eras de nuestro Señor, históricas y espirituales, fueron hechas o formadas por Su oración. De manera similar Sus planes y grandes logros nacieron en la oración y fueron impregnados por el espíritu de la misma. Como fue el Maestro, así también debe ser Su siervo; como su Señor hizo en las grandes eras de Su vida, así debe hacer el discípulo cuando enfrente crisis importantes. «¡A vuestras rodillas, oh Israel!» debería ser el llamado de clarín al ministerio de esta generación.

La forma más alta de vida religiosa se alcanza mediante la oración. Las más ricas revelaciones de Dios —Padre, Hijo y Espíritu— son hechas, no a los instruidos, los grandes o los «nobles» de la tierra, sino a hombres de oración. «Porque ya veis, hermanos, vuestra vocación, que no muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles, son llamados» (1 Corintios 1:26), a quienes Dios hace conocer las cosas profundas de Dios, y revela las cosas más altas de Su carácter, sino a los humildes, inquisitivos, orantes. Y de nuevo debe decirse, esto es tan cierto de los predicadores como de los laicos. Es el hombre espiritual quien ora, y a los que oran Dios hace Sus revelaciones mediante el Espíritu Santo.

Los predicadores que oran siempre han traído la mayor gloria a Dios, han movido Su Evangelio hacia adelante con su mayor y más rápida tasa y poder. Un predicador que no ora y una Iglesia que no ora pueden florecer exteriormente y avanzar en muchos aspectos de su vida. Tanto el predicador como la iglesia pueden convertirse en sinónimos de éxito, pero a menos que descansen sobre una base de oración todo éxito eventualmente se desmoronará en vida muerta y decadencia final.

«No tenéis porque no pedís», es la solución de toda debilidad espiritual tanto en la vida personal como en el púlpito. O eso, o es, «Pedís y no recibís porque pedís mal». La oración real yace en el fundamento de todo éxito real del ministerio en las cosas de Dios. La estabilidad, energía y facilidad con que el reino de Dios es establecido en este mundo dependen de la oración. Dios lo ha hecho así, y así Dios está ansioso de que los hombres oren. Especialmente está Él preocupado de que Sus escogidos ministros sean hombres de oración, y así da esa maravillosa declaración para animar a Sus ministros a orar, que se encuentra en Mateo 6:9:

«Pero yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá» (Mateo 7:7-8)

Así tanto el mandamiento como la promesa directa dan acento a Su preocupación de que ellos oren. Detente y piensa en estas familiares palabras. «Pedid, y se os dará». Eso mismo parecería ser suficiente para ponernos a todos, laicos y predicadores, a orar, tan directo, simple e ilimitado. Estas palabras nos abren todos los tesoros del cielo, simplemente pidiéndolos.

Si no hemos estudiado las oraciones de Pablo, principalmente un predicador a los gentiles, podemos tener solo una débil visión de la gran necesidad de la oración, y cuánto vale en la vida y la obra de un ministro del Evangelio. Además, tendremos solo una muy limitada visión de las posibilidades del Evangelio para enriquecer y hacer fuerte y perfecto el carácter cristiano, así como para equipar a los predicadores para su alta y santa tarea. ¡Oh, cuándo aprenderemos la simple pero importantísima lección de que la única gran cosa necesaria en la vida de un predicador para ayudarlo en su vida personal, para mantener su alma viva para Dios, y para dar eficacia a la Palabra predicada por él, es la oración real y constante!

Pablo con la oración en primer lugar en su mente, asegura a los colosenses que «Epafras siempre trabaja fervientemente por vosotros en oraciones, para que estéis completos y perfectos en toda la voluntad de Dios» (Colosenses 4:12). A

este alto estado de gracia, «completos en toda la voluntad de Dios», él ora que puedan llegar. Así la oración era la fuerza que había de llevarlos a ese elevado, vigoroso y estable estado de corazón. Esto está en línea con la enseñanza de Pablo a los efesios, «Y él dio algunos pastores y maestros, para el perfeccionamiento de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo» (Efesios 4:11-12), donde evidentemente se afirma que toda la obra del ministerio no es meramente inducir a los pecadores al arrepentimiento, sino que es también el «perfeccionamiento de los santos». Y así Epafras «trabajaba fervientemente en oraciones» por esta cosa. Ciertamente él mismo era un hombre de oración, al orar así tan fervientemente por estos primeros cristianos.

Los apóstoles pusieron su fuerza a fin de que los cristianos honraran a Dios por la pureza y consistencia de sus vidas exteriores. Habían de reproducir el carácter de Jesucristo. Habían de perfeccionar Su imagen en sí mismos, imbuirse de Su temperamento y reflejar Su porte en todos sus temperamentos y conducta. Habían de ser imitadores de Dios como hijos amados, ser santos como Él era santo. Así incluso los laicos habían de predicar por su conducta y carácter, justo como el ministerio predicaba con sus bocas.

Para elevar a los seguidores de Cristo a estas exaltadas alturas de experiencia cristiana, ellos eran en todo sentido verdaderos en el ministerio de la Palabra de Dios, en el ministerio de la oración, en santo celo consumidor, en ardiente exhortación, en reprensión y censura. Añadido a todo esto, santificando todo esto, vigorizando todo esto, y haciendo todo esto saludable, ellos centraban y ejercían constantemente la fuerza de la más poderosa oración. «De noche y de día orando excesivamente», esto es, orando desmedidamente, con intensa seriedad, superabundantemente, más allá de toda medida, sobreabundantemente.

«De noche y de día orando sobreabundantemente, para que podamos ver vuestro rostro, y perfeccionar lo que falta en vuestra fe. Ahora bien, Dios mismo, y nuestro Padre, y nuestro Señor Jesucristo, dirijan nuestro camino hacia vosotros.

«Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros, y para con todos, como también nosotros hacemos para con vosotros; a fin de que Él afirme vuestros corazones irrepreensibles en santidad delante de Dios, incluso nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos» (1 Tesalonicenses 3:10-13)

Fue de esta manera que estos apóstoles —los primeros predicadores de la Iglesia primitiva— trabajaron en oración. Y solo aquellos que trabajan de la misma manera son los verdaderos sucesores de estos apóstoles. Esta es la verdadera, la escritural «sucesión apostólica», la sucesión de fe simple, deseo ferviente de santidad de corazón y vida, y oración celosa. Estas son las cosas hoy que hacen al ministerio fuerte, fiel y eficiente, «obreros que no necesitan avergonzarse, que dividen rectamente la palabra de verdad».

Jesucristo, el Líder y Comandante de Su pueblo designado por Dios, vivió y sufrió bajo esta ley de oración. Todas Sus conquistas personales en Su vida en la tierra fueron ganadas por obediencia a esta ley, mientras que las conquistas que han sido ganadas por Sus representantes desde que ascendió al cielo, fueron ganadas solo cuando esta condición de oración fue cumplida cordial y plenamente. Cristo estaba bajo esta única condición de oración. Sus apóstoles estaban bajo la misma condición de oración. Sus santos están bajo ella, y aun Sus ángeles están bajo ella. Por toda señal, por lo tanto, los predicadores están bajo la misma ley de oración. Ni por un momento son relevados o excusados de la obediencia a la ley de la oración. Es su misma vida, la fuente de su poder, el secreto de su experiencia religiosa y comunión con Dios.

Cristo no podía hacer nada sin oración. Cristo podía hacer todas las cosas mediante la oración. Los apóstoles no podían hacer nada sin la oración —y dependían absolutamente de ella para tener éxito en la derrota de sus enemigos espirituales. Podían hacer todas las cosas mediante la oración.